## LOS PASTELILLOS

quella mañanita, que era un domingo, el pastelero Sureau, de la calle de Turenne, llamó á su marmitón y le dijo:

—Ahí tienes los pastelillos del Sr. Bonnicar... vete á llevárselos y vuelve en seguida... Parece que los versalleses han entrado en París.

El muchacho, que no entendía ni una jota de política, metió los pastelillos calentitos dentro de su

tartera, envolvió la tartera en una servilleta blanca, y todo ello lo puso á plomo sobre su gorrilla, echando á escape hacia la isla de San Luis, donde vivía el Sr. Bonnicar. La mañana era magnifica. con uno de esos espléndidos días de sol de Mayo que llenan los puestos de manojos de lilas y racimos de cerezas. A pesar de las ligeras descargas de fuego de fusil y los toques de las cornetas en las esquinas de las calles, todo ese vetusto barrio del Marais conservaba su apacible aspecto. Conocíase que era domingo en el aire, en los corros de niños en el fondo de los patios, en las niñas mayorcitas jugando al volante frente á las puertas; y aquella pequeña silueta blanca, que trotaba en medio de la calzada desierta, desprendiendo en torno suyo un

grato aroma de masa caliente, acababa de dar á esa mañana de combate un no sé qué de sencillo y dominguero. Toda la animación del barrio parecía haberse difundido por la calle de Rivoli. Arrastraban cañones, hacíanse barricadas; á cada paso grupos, guardias nacionales afanosos en su tragin. Pero el pastelerito no perdió la cabeza. ¡Están esos chicos tan habituados á andar entre las muchedumbres y el barrullo de las calles! Los días festivos y de jolgorio, entre las apreturas de año nuevo y del domingo de carnaval, es cuando más tienen que correr; por eso no les impresionan las revoluciones.

Y en verdad que daba gusto ver deslizarse la gorrita blanca entre los kepis y las bayonetas, evitando los choques, oscilando gentilmente, ora muy deprisa, ora con una forzosa lentitud en que aún se traslucian los grandes deseos de corretear. ¿Qué le importaba á él la batalla? Lo fundamental era llegar á casa de los Bonnicar en punto de mediodía y recoger al momento la propineja que le aguardaba sobre el anaquel de la antecámara.

De pronto prodújose en la multitud un empuje terrible; y al paso gimnástico desfilaron cantando los pupilos de la República. Era un hato de pilletes de doce á quince años de edad, con fusiles «chassepot», cinturones rojos y grandes botas, tan orgullosos con sus disfraces de soldados, como cuando en martes de carnestolendas corren con tricornios de papel y un grotesco girón de sombrilla de color de rosa por bandera, entre el barrizal de los paseos de la ronda. Aquella vez le costó mucho trabajo al pastelerito conservar el equilibrio en medio de los empujones; pero su tartera y él habían patinado tanto sobre el hielo y jugado tantas partidas de la rayuela en plena acera, que á los pastelillos no les entró miedo ninguno. Desgraciadamente, esa bullanga, esos cánticos, esos cinturones rojos, la admiración, la curiosidad, dieron ganas al marmitón de dar una caminata en tan buena compañía, y pasándose del palacio municipal y de los puentes de la isla de San Luis, sin advertirlo tan siquiera, encontróse llevado no sé á dónde, entre el polvo y el viento de aquella desenfrenada carrera.

78

Mary Secretary III

Lo menos hacía veinticinco años que entre los Bonnicar era costumbre comer pastelillos en domingo. Al mediodía en punto, cuando toda la familia, grandes y chicos, estaba reunida en el salón, un campanillazo vivo y alegre hacía exclamar á todo el mundo:

—¡Ah!... Ya está aquí el pastelero.

Entonces, con un gran rebullicio de sillas, ese roce de tiesura de los trajes domingueros y una algazara expansiva de chiquillos risueños ante la mesa puesta, todos esos felices burgueses instalábanse en torno de los pastelillos simétricamente apilados sobre un calentador de plata.

Aquel día permaneció muda la campanilla. Escandalizado el señor Bonnicar, miraba su reloj de sobremesa, un antiguo reloj coronado por una garza real rellena de paja, y que jamás de los jamases se había adelantado ni atrasado. Los niños hostezaban tras de las vidrieras, espiando la esquina de la calle por donde el marmitón solía dar la vuelta y aparecer. Languidecian las conversaciones; yel hambre, que la hora del mediodía ahonda con sus doce campanadas repetidas, hacía parecer muy grande y muy triste el comedor, á despecho de la antigua vajilla de plata reluciente sobre el mantel adamascado, y las servilletas plegadas todo alrededor en forma de cueuruchos tiesos y blancos.

Muchas veces había ya entrado la vieja criada á decir al oído de su amo: «El asado se quema... los guisantes han hervido demasiado...» Pero el Sr. Bonnicar se empeñaba en no sentarse á la mesa sin los pastelillos; y furioso contra Sureau, resolvió ir él mismo á ver qué significaba un retardo tan inaudito. Al salir, esgrimiendo muy colérico su bastón, le advirtieron unos vecinos:

—Tenga V. cuidado, Sr. Bonnicar...; dícese que los versalleses han entrado en París.

No quiso escuchar nada, ni siquiera el fuego de fusil que venía á flor de agua desde Neuilly, ni siquiera el cañón de alarma del Palacio-Ayuntamiento estremeciendo todas las vidrieras del barrio.

-¡Ah, ese Sureau... ese Sureau!

Y con la animación de su caminata hablaba á solas y ya se veía allá abajo en medio de la tienda, dando golpes con su bastón de caña en las baldosas, haciendo retemblar los cristales del escaparate y los platos de natillas. La barricada del puente de Luis Felipe partió por el eje su cólera. Había allí algunos federales de feroz talante revolcándose al sol en el suelo desempedrado:

- ¿ A dónde va V., ciudadano?

El ciudadano se explicó; pero la historia de los pastelillos pareció sospechosa, con tanto mayor motivo, cuanto que el Sr. Bonnicar, con su hermoso gabán de los domingos y sus anteojos con montura de oro, tenía todo el aspecto de un vetusto reaccionario.

—Es un espía—dijeron los fede-

rales;—hay que enviárselo á Rigault.

Al punto, cuatro hombres de buena voluntad, á quienes no les disgustaba eso de abandonar la barricada, se llevaron por delante á culatazos al pobre hombre desesperado.

No sé como se las arreglaron, pero media hora después estaban todos copados por la infanteria de linea é iban á formar parte de una larga cuerda de prisioneros en columna, próxima á ponerse en marcha para Versalles. El Sr. Bonnicar protestaba más y más, blandía su caña, contaba su historia por centésima vez. Por desgracia, parecía tan absurda aquella invención de los pastelillos, tan increíble en medio de aquel gran trastorno, que los oficiales no cesaban de reirse de ello:

—Bien, bien, viejo mío... ya se explicará V. en Versalles.

Y la columna se puso en movimiento entre dos filas de cazadores, por los Campos Elíseos, llenos aún de la blanca humareda de las descargas.

## His colon a III was a settle

Los prisioneros iban de cinco en cinco, formando filas prietas y compactas. Para impedir que el convoy se diseminase, les obligaban á ir del brazo; y el largo rebaño de hombres, al caminar entre el polvo de la carretera, hacía un ruido como el de una copiosa lluvia de tormenta.

El infeliz Bonnicar creia aquello un sueño. Sudoroso, jadeante, descuajado de miedo y de fatiga, arrastrábase á la cola de la columna entre dos brujas viejas que apestaban á petróleo y aguardiente; y al oirle decir estas palabras: «¡Pastelero, pastelillos!», repetidas sin cesar entre sus imprecaciones, pensaban en torno suyo que se había vuelto loco.

El hecho es que el pobre hombre no estaba en sus cabales. En las subidas y bajadas, al aclararse un poco las hileras del convoy, ¿pues no le parecía ver allá lejos, entre la polvareda que llenaba los huecos, la blusa y la gorra blancas del marmitón de casa de Sureau? ¡Y eso le ocurrió diez veces en el camino! Aquella pequeña ráfaga blanca pasaba ante sus ojos como para mofarse de él, y luego desaparecía en

medio de esa marea de uniformes, blusas y harapos.

POR ALFONSO DAUDET

Al fin y al cabo llegaron á Versalles al atardecer; y cuando el gentio vió á aquel viejo burgués con espejuelos, despechugado, polvoriento y hosco, todo el mundo estuvo de acuerdo en hallar que su cabeza era de un malvado. Y decian: «Es Félix Pyat...; No!; Es Delescluze!»

Mucho trabajo les costó á los cazadores de la escolta conducirle sano y salvo hasta el patio de la Orangerie. Sólo allí pudo dispersarse la pobre grey, estirarse en el suelo, recobrar aliento. Había entre ellos quienes dormían, otros echando juramentos, otros tosiendo y otros bañados en lágrimas. Bonnicar, por su parte, no tosia ni lloraba. Sentado al borde

de una escalinata, con la cabeza entre las manos, escorzada tres cuartos, muerto de hambre, de vergüenza y de fatiga, volvía á repasar mentalmente aquella tristísima jornada, su partida de allá abajo, sus convidados intranquilos, ese cubierto colocado hasta anochecido y que aún le estaría esperando; y luego la humillación, las injurias, los culatazos; y todo, por un pastelero inexacto.

—¡Señor Bonnicar, aquí tiene V. sus pastelillos!...—exclamó de pronto una voz junto á él; y al levantar el buen hombre la cabeza, quedó lleno de asombro al ver al marmitoncillo de casa de Sureau (á quien pescaron con los pupilos de la República) descubrir y presentarle la tartera oculta bajo su mandil blanco.

Así fué que, á pesar de la revuelta y del apresamiento, el señor Bonnicar comió pastelillos aquel domingo, lo mismo que los otros.